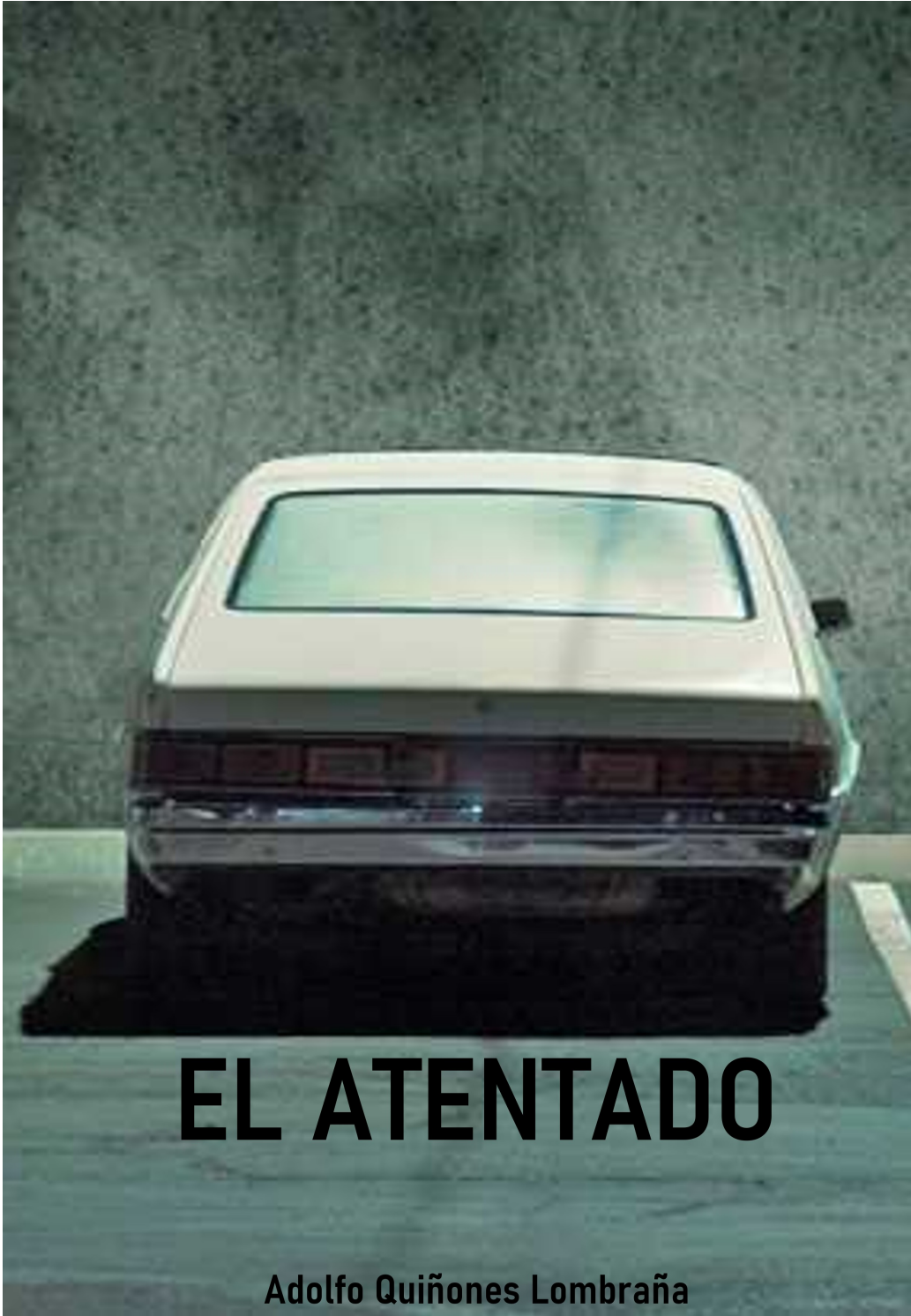


EL ATENTADO

Adolfo Quiñones Lombraña



EL ATENTADO

Adolfo Quiñones Lombraña

Capítulo 1

La llave giró bruscamente en la cerradura y Óscar regresó a su apartamento pegando un portazo tras de sí. Maldiciendo, balbuceando palabras que no significaban nada. No entendía cómo era posible que alguien le hubiese robado el coche esa noche. Precisamente esa noche que antecedía al viaje más importante de su vida. Ahora tocaba pensar sobre qué hacer en tal situación.

Se sentó en el salón. Manos en la cabeza, quijada al pecho. Pensativo, dubitativo, aterrado ante la escena que se le presentaba. El silencio parecía atraparlo y envolverle. No le ayudaba estar a solas con su tragedia personal así que decidió encender la televisión. Ruido de fondo, distracción para la mente. La pantalla chisporroteó y dio paso a imágenes y palabras que circularon por los sentidos de Óscar sin despertarlo de su frenética ensoñación. En la pantalla, una joven periodista hablaba y hablaba mientras a su espalda las luces azules y rojas de decenas de coches de policía inundaban la escena. Óscar seguía ensimismado en sus problemas, ajeno a los dilemas del mundo exterior. Las luces de la televisión rebotaban en su iris para no llegar nunca a su cerebro hasta que algo hizo clic. Algo que resonó con fuerza. Dos palabras sencillas que resultaban inconexas minutos atrás se convirtieron en todo su universo en aquel momento. "*Coche robado*", entonó la presentadora, y dichas palabras explotaron en la mente de Óscar. Su existencia acababa de tornarse en primera plana, en noticia de portada. Era el fin del mundo, pensó.

La mente de Óscar se tambaleó a través de la información recibida. La chica de pelo oscuro y rostro serio de la pantalla advertía acerca de la hora de la evacuación, la llegada de artificieros de la policía, la presencia de una residencia de ancianos en la cercanía y mil cosas más. Una nube de datos diseñada para informar pero que parecía confundir a un Óscar centrado en una cosa. En el coche. En ese coche. En su coche. De todas formas, no podía ser ¿Cómo iba a ser posible que su coche estuviese en mitad de esta locura? No se lo podía creer, y entonces, la imagen en vivo y en directo retrató su pesadilla. Allí estaba su vehículo, aparcado y abandonado en mitad de una plaza en el centro del universo. Rodeado de la nada y en directo para el mundo. Los ojos de Óscar se abrieron hasta el infinito de sus cuencas y sus pulmones almacenaron todo el aire de la habitación mientras el tiempo se detenía en un segundo eterno. Las casualidades, el azar y el destino habían querido que, de los miles de coches de la ciudad, el suyo se hubiese convertido en el arma definitiva de un ataque terrorista. Una lotería indeseada, ¿o no?

En la pantalla, los artificieros de la policía se arremolinaban y la tensión entre ellos podía palpase desde la distancia. La periodista lanzaba datos y más datos mientras a su espalda se vislumbraba aquel cacharro gris

apenas capaz de superar la inspección técnica de vehículos con dignidad y solvencia. Viandantes, peatones y curiosos se situaban a una cierta distancia de seguridad esperando ver la resolución del inesperado espectáculo gratuito que estaba, ciertamente, a punto de acontecer.

De pronto, las neuronas de Óscar se conjuraron, se unieron y entrelazaron permitiendo a una idea circular a toda velocidad por su cerebro mientras que sus pupilas se minimizaron hasta hacerse imperceptibles. La trama no era compleja. Unos terroristas roban un coche, instalan una bomba, avisan a la policía y se van. Las autoridades acordonan la zona y detonan el explosivo de forma segura. Fin del vehículo y problema resuelto ¿No es así? Sin darse cuenta, una leve sonrisa asomó en los labios de Óscar. Su mirada se iluminó como no lo hacía años atrás. Su coche iba a explotar, a volar en mil pedazos, a desvanecerse. Solución rápida para muchos problemas. La diosa fortuna había lanzado su moneda y la cruz se había tornado en cara. La suerte sonreía a Óscar que, poco a poco y sin apenas darse cuenta, cada vez se encontraba más cerca de la pantalla.

Al otro lado de ésta, un artificiero se acercaba con paso decidido al automóvil. Se tumbó frente a la parte delantera del vehículo e introdujo su mano por debajo de éste. El silencio se prendió de la emisión. La informadora se olvidó de informar y los curiosos y peatones acompañaron la acción de un silencio asombrado y tenso mientras la frente de Óscar comenzaba a perlarse levemente de gotas de sudor. El artificiero soltó los cables que había palpado con la punta de sus dedos, se levantó y comenzó a caminar con paso decidido en busca de sus compañeros. Retiró el casco y la máscara que recubrían su cara. Resultó ser una chica joven, bastante atractiva pese al rostro tenso. Miro a los otros policías e hizo un rápido gesto con el dedo índice de su mano derecha, un gesto destinado a ser captado por todas las cámaras de televisión presentes en la escena.

No.

Óscar no entendía nada ¿No a qué?, ¿qué pasaba? La periodista pareció responder sus dudas como si de una conexión mental entre ellos se hubiese establecido al comenzar la emisión. El aparato no podía detonarse con seguridad. Era muy grande, muy peligroso, terriblemente destructivo. Las fuerzas de seguridad habían comenzado a alejar aun más a los curiosos, los cuales hacían caso omiso y parecían decididos a desobedecer al sentido común. No habrá detonación. El riesgo era enorme y, a poca distancia, una residencia de ancianos no había podido ser evacuada por completo.

La sonrisa de Óscar dio paso a un apretar de dientes mientras su fino bigote viajaba a esconderse bajo su prominente nariz. Las perlas de sudor habían tornado en cascada y las ideas en su cerebro parecían saltar con fluidez entre la desesperación y la incomprensión. No habrá detonación, se repitió a sí mismo. Mientras su cerebro se derretía con la información

recibida, en escena entró un pequeño vehículo motorizado. Desde la derecha de la pantalla y casi a cámara lenta, como una burla a la urgencia que se agolpaba en las sienes de Óscar y que amenazaba en reventarle los sesos, aquel pequeño vehículo se dirigió sin prisa a la parte frontal del coche de Óscar. Fue la primera vez que percibió que la matrícula era la suya. La policía no le había contactado todavía, seguramente por la urgencia de la situación, pero era más que probable que ya estuviesen en camino para hablar con él. Aquel era su coche y su vida y su destino se hallaban en el maletero de éste.

El pequeño vehículo robot se plegó elegantemente al llegar a la altura del vehículo. Se introdujo por debajo sin apenas rozar la defensa delantera. Desde la cámara más lejana podía verse a aquella maravilla de la tecnología dar vueltas bajo el coche de Óscar. Un poco hacia adelante, otro poco atrás. Óscar apretó los puños deseando el error, el fallo, el apocalipsis tecnológico. Rogó porque el robot se equivocase, su controlador errase, porque aquella pesadilla terminase, aunque para ello tuviesen que morir un puñado de viejecitos, algún curioso sin sesera y hasta la guapa presentadora. Óscar necesitaba una conclusión para aquella historia. Un final explosivo, a poder ser.

El pequeño robot de los artificieros comenzó a sisear y a moverse lentamente en dirección a la parte trasera del coche y el corazón de Óscar le dio un vuelco en el pecho. El prodigio tecnológico trabajó por unos minutos bajo el auto para, a continuación, salir con inusitada facilidad de debajo del vehículo gris de Óscar. Se dirigió alegremente en busca de aquellos que controlaban sus movimientos. La cámara enfocó con claridad al pequeño artificiero de metal mientras se reunía con su ama y señora. La artificiera protagonista del día se dirigió con paso decidido hacia su metálico ayudante y ambos se encontraron a mitad de camino. Ella se arrodilló en una escena que parecía sacada de la más romántica de las películas que pudiesen ilustrar el amor entre un humano y un ser sin alma y se cogieron de las manos por un instante que se tornó en mil siglos en el salón de Óscar. La artificiera tomó algo de su pequeño e improvisado partenaire y lo alzó en el aire en señal de júbilo y triunfo.

Victoria, la bomba había sido incapacitada y el riesgo había desaparecido. El público se tornó en vítores y algarabía, palmas y clamor por la victoria. Los artificieros se abrazaban con efusividad y hasta la presentadora dejó atrás su firme profesionalidad para sonreír y dejar escapar una políticamente incorrecta expresión de alivio. Fin al tormento, fin a la tensión. Solo había dos personajes ajenos a la algarabía.

A este lado de la pantalla, Óscar obvió a presentadora, artificieros, público y resto del universo. En la pantalla, a lo lejos, sus ojos se centraron en un momento que pasaba desapercibido para todos los demás. Con paso dubitativo, el segundo protagonista del clímax de la historia entraba en escena. Un joven policía se acercó al coche, lo rodeó, lo revisó de arriba

abajo, entró por el lado del copiloto y comenzó a trastear por la guantera como quién busca las pistas perdidas de un misterio incompleto. La emisión de este especial informativo parecía estar a punto de terminar y dar paso a temas más leves, algún partido de fútbol, algún divorcio sonado. Pero el tiempo se detuvo, el eje de la tierra colapsó y dejó de girar, el universo contuvo el aliento cuando, desde dentro, el policía en cuestión abrió el maletero.

Una lágrima tensa comenzó a caer por el rostro de Óscar mientras el policía salía del vehículo en busca de la información contenida en el portaequipajes de aquel roñoso coche gris. Óscar miró sus manos, sus pies, el suelo de su salón cubierto con manchas carmesís aún por limpiar. Cualquier cosa menos posar la mirada en la pantalla. La presentadora comenzó a despedirse con una sonrisa de felicidad incontenible. Óscar se levantó del sofá con un pesar insoportable. En un discreto segundo plano, el policía abrió aquel maletero salido del infierno e inmediatamente dio dos pasos atrás, trastabillándose hasta caer. Óscar cerró los ojos deseando no ver nada más. Otro policía se acercó al vehículo sin evitar llevarse las manos al rostro al ver el horror oculto en el maletero de lo que otrora fue un vehículo familiar. Despedimos la conexión, dijo la chica de las noticias mientras más agentes de azul se agolpaban a su espalda. Despedimos la conexión, musitó Óscar para sí mientras pasos acelerados subían por la escalera de su edificio. Despedimos la conexión repitió el asesino, observando el retrato de su mujer y su hijo, situado a la derecha de su pantalla.